

13 AGO. 1977

L A versatilidad psicológica de las multitudes es un hecho de ante-

cedentes milenarios que se manifiesta incluso en el más arraigado nivel de convicción: el religioso. La conversión de Hammurabi impuso el culto a Marduk; la de Amenofis IV, el monoteísmo solar; la del emperador Wu-Ti, el confucianismo; las de Constantino y Recaredo, el catolicismo; la de los príncipes firmantes de la «Confessio augustana» y de la Liga de Smalkalda, el protestantismo; la de Enrique VIII, el anglicanismo, etcétera. En muy varias latitudes y épocas un acto soberano de fe arrastró las conciencias de pueblos enteros. En la Europa de la Reforma llegó a decirse «cuius regio eius religio», o sea, que las naciones siguen las creencias de quienes las gobiernan.

Con mayor motivo esta dependencia se extiende a las ideologías políticas, por naturaleza menos radicales que los credos teológicos. En dos ocasiones de mi vida he asistido, desde dentro, a espectaculares procesos de colectiva transmutación. Uno fue en la Alemania de la última posguerra. En el Este y en el Oeste millones de ex hitlerianos no sólo abominaban del nacionalismo, sino que incluso se fabricaban méritos de nazi-resistentes. En dos años de fecundo peregrinaje por la Universidad germana sólo hallé una gran excepción intelectual: la de Carl Schmitt, quien, afrontando la proscripción, continuaba solidario de su pasado. Aunque siempre he estado lejos de sus tesis decisionistas, aquella fidelidad, en medio de la general desbandada, me impresionó como testimonio de coherencia lógica y de dignidad moral.

Los alemanes conversos que se creían obligados a dar razones aducían las dos que siempre se han esgrimido en tales casos: unos habían sido forzados por el terror, otros habían llegado a la conclusión de que estaban equivocados. Desgraciadamente, no a escala individual, pero sí a escala nacional, un dato inmenso ponía en parcial entredicho las dos justificaciones: la ética de la coacción y la dialéctica del convencimiento. Y ese dato es que en las zonas de ocupación aliada las gentes habían pasado del nazismo al demoliberalismo, mientras que en la zona soviética el tránsito mental del mismo pueblo e incluso de miembros de idéntica familia había sido del nazismo al leninismo. Una vez más, en la Historia, el soberano había definido la verdad política dentro de su territorio, aunque ahora el proceso se denominase reeducación y tuviera un origen exógeno. Esta magna experiencia parece robustecer los viejos postulados renacentistas de que la lengua sigue al imperio y los dogmas a los príncipes.

La segunda ocasión ha sido la España actual. Un día los protagonistas autóctonos del giro señalaron un rumbo y, pronto, muchos que habían asumido al-

VERSATILIDAD

tas responsabilidades en el Estado del 18 de Julio se presentaron como víctimas de la dictadura: quienes no habían cesado de criticar la democracia inorgánica se declararon demoliberales de toda la vida; los que habían batido marcas de adulación a Franco le condenaron, por lo menos, al silencio; los que perseguían a los monárquicos se convirtieron en sostenes de la Corona; y antiguos practicantes de las liturgias totalitarias excomulgaban por fascista al adversario y con mayor celo si había sido testigo de su transfiguración. Algunos recientes libros de presunta historia próxima recuerdan aquella sistemática falsificación o aniquilación del pasado que denunciaba Orwell en su escalofriante narración adivinatoria. Y, como es habitual, las mayorías siguieron a las minorías.

Sin salirnos de nuestro tiempo otros han podido vivir experiencias análogas: la súbita volatilización ideológica de la España de Primo de Rivera, la Austria de Dollfuss, la U. R. S. S. de Stalin, la Argentina de Perón o el Portugal de Salazar. Pero el récord contemporáneo lo bate aquel país que se acostó monárquico y se levantó republicano, según la suprema sentencia de su propio presidente del Gobierno.

Nada de esto significa demérito para las masas, que no son susceptibles de juicios éticos, sino de análisis empíricos. Es un dato que la posición ideológica de las muchedumbres depende de unos pocos, sobre todo de los que están en el poder. Sobre ellos recae la sentencia de la Historia. Y la ley «elitista» se cumple también en los casos de la resistencia pasiva y de la activa o revolucionaria: el motor de la oposición, lo mismo que el de la entrega, es una oligarquía. La demagogia dirá siempre que la voz del pueblo es la voz de Dios; pero la sociología revela implacablemente que las multitudes son intelectual y volitivamente tributarias de las «élites». Las posiciones ideológicas del hombre masa ni son

rigurosamente racionales, ni son profundas, ni son auténticas: lo genuino en

él son los intereses. Aquel que se superpone al lavado de cerebro y a la alienación en la moda y en el mercado ya no es un hombre masa. El pragmatismo vital y la docilidad intelectual de las multitudes las hace ideológicamente inconstantes, tanto más en unos momentos en que la aceleración de la Historia y el desarrollo de los medios de comunicación tienden a aumentar el ritmo y la intensidad de los pendulazos creenciales. Esta progresiva fluidez es otro de los síntomas del ideologismo crepuscular que caracteriza a las sociedades modernas; y esta hegemonía de la propaganda es la objeción más difícilmente rebatible que se ha dirigido contra la utopía del buen Rousseau. No procede, pues, acusar a los regímenes caídos de que las adhesiones masivas no eran tan verdaderas como parecían, porque lo mismo podrá decirse de las actuales. Todo lo tornadizo es efímero.

La masa, en su apostasía o en su conversión, es fiel reflejo de unas minorías que son las responsables. Hay, en primer lugar, las minorías políticas doctrinarias que creen lo que afirman, que evolucionan de modo homogéneo y que aspiran a realizar un programa riguroso: las marxistas y las tradicionalistas son hoy casi los únicos ejemplos de cierta entidad. Cuando están en el Poder representan la consecuencia y la permanencia; y cuando están en la oposición representan la irreductibilidad y el cambio. Hay, en segundo lugar, las «élites» oportunistas, que aspiran al mando por el mando, que rehúyen el riesgo y que adoptan las posiciones que en cada coyuntura consideran con más posibilidades de triunfar o de premiar la adhesión. Este practicismo, acobardado y teóricamente vacío, se ha adueñado de una gran parte de la clase política occidental y es uno de los síntomas más claros de la crisis intelectual y moral de nuestra cultura. Una «élite» sin coraje y sin ideas está mentalmente masificada, no conserva de aristocracia más que la jerarquía física; pero le falta el más noble elemento, que es una filosofía. De ahí su versatilidad, su fragilidad y su ineficacia.

Mi preocupación nacional y europea arranca del hecho de que entre las «élites» que hoy comparten el poder político son las marxistas las que tienen más convicción. Y el marxismo me parece falso como interpretación del mundo y fracasado como técnica para garantizar el bienestar y promover los valores. La salvación de la concepción humanista requeriría que los interlocutores del marxismo no fueran los escépticos y oportunistas, sino los creyentes y valerosos. Porque mientras aquéllos están de antemano derrotados, éstos podrían vencer.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA